

## LA ÚLTIMA PALABRA DEL RACISMO<sup>1</sup>

*Jacques Derrida*

APARTHEID - que ese sea el nombre, en adelante, la única denominación en el mundo para el último de los racismos. Que permanezca así, pero que venga un día en el que sea solamente para memoria del hombre.

Una memoria, por anticipado es tal vez el tiempo dado para esta Exposición. A la vez urgente e intempestiva, se expone, arriesga el tiempo, apuesta y afirma más allá de la apuesta. Sin contar con ningún presente, regala solamente el prever, en pintura<sup>2</sup>, muy cerca del silencio, y la retrovisión de un futuro por el cual APARTHEID será el nombre de una cosa por fin abolida. Entonces cercado, abandonado a ese silencio de la memoria, el nombre resonará solo, reducido al estado de vocablo fuera de uso. La cosa que hoy nombra, no existirá más.

Pero APARTHEID, ¿no es desde siempre el archivo de lo innombrable?

La exposición no es, luego, una presentación. Nada se entrega ahí al presente, nada que sea presentable, sino solamente, en el retrovisor de mañana, el último difunto de los racismos, *the late racism*.

---

1. Texto perteneciente a J. Derrida, *Psyche* Paris, Galilée, libro cuya traducción completa al español será editada por La cebra en 2011. Esta traducción de Analía Gerbaudo se realizó en el marco de una Beca Posdoctoral Externa para Investigadores Jóvenes (CONICET, abril-julio, 2010) bajo la dirección de la Dra. Cristina De Peretti (UNED, Grupo Decontra, Madrid) que supervisó y realizó aportes y sugerencias fundamentales al trabajo.

Texto publicado en 1983 en la apertura de una exposición destinada a convertirse en un museo contra el Apartheid. Una centena de obras que fueron reunidas allí constituyen, desde entonces, una exposición itinerante. La asociación de los "Artistas del mundo contra el Apartheid", pintores, escultores y escritores, está comprometida a ofrecer ese museo "al primer gobierno sudafricano libre y democrático, nacido del sufragio universal".

2. Como lo han señalado Dardo Scavino y María Cecilia González en su traducción de *La vérité en peinture*, la expresión "en peinture" en francés significa tanto "en pintura" como "en apariencia". Como en aquel texto, Jacques Derrida juega con esta doble acepción en este artículo. [N. de la T.]

EL ÚLTIMO: como se dice en nuestra lengua para significar, a veces, lo peor. Se localiza, en tal caso, la bajeza extrema: “el último de ...”. Es, en el grado más bajo, el último de una serie, pero también eso que al final de una historia o al fin de cuentas viene a cumplir la ley de un proceso y a revelar la verdad de la cosa, la esencia aquí acabada del mal, lo peor, el mal superlativo de la esencia, como si hubiera un racismo por excelencia, el más racista de los racismos.

EL ÚLTIMO, también como se dice del más reciente, el último hasta la fecha de todos los racismos del mundo, el más viejo y el más joven. Pues es necesario recordarlo: por más que la segregación racial no lo haya considerado, el nombre de *apartheid* no se ha convertido en *consigna*, no ha conquistado su título en el código político de África del Sur sino al fin de la Segunda Guerra Mundial. En el momento en que *todos* los racismos eran condenados sobre la faz del mundo, es en la faz del mundo que el Partido Nacional osó hacer campaña “*por el desarrollo separado de cada raza en la zona geográfica que le es atribuida*”.

Ese nombre, ninguna lengua, desde entonces, lo ha traducido jamás, como si todos los hablantes del mundo se defendieran, cerraran la boca contra una siniestra incorporación de la cosa por la palabra, como si todas las lenguas rechazaran la equivalencia y el dejarse contaminar en la hospitalidad contagiosa de la literalidad: respuesta inmediata a la obsidionalidad de ese racismo, al terror obsesivo que prohíbe, ante todo, el contacto. Lo Blanco no debe dejarse tocar por lo Negro: aunque sea con la distancia de la lengua o del símbolo. Los Negros no tienen derecho a tocar la bandera de la República. El Ministerio de Trabajos públicos declara, en 1964, que para asegurar la limpieza de los emblemas nacionales, un reglamento estipula que está “prohibido a los no-europeos manipularlos”.

*Apartheid*: la palabra, por sí sola, ocupa el terreno como un campo de concentración. Sistema de partición, alambradas, muchedumbres de las soledades cuadrículadas. En los límites de ese idioma intraducible, una violenta detención de la marca, la dureza chillona de la esencia abstracta (*heid*) parece especular sobre otro régimen de abstracción, la de la separación confinada. La palabra concentra la separación, eleva el poder de ésta y la pone ella misma *aparte*: el apartacionismo<sup>3</sup>, algo como eso. Aislando el ser-aparte en una suerte de esencia o de hipós-

---

3. Traduzco “*apartitionnalité*”, un neologismo derrideano, con esta palabra que busca emular el efecto de reforzamiento semántico que el vocablo parece querer provocar. [N. de la T.]

tasis, la corrompe en segregación casi ontológica. En todo caso, como todos los racismos, tiende a hacerla pasar por algo natural –y por la ley misma del origen. Monstruosidad de ese idioma político. Un idioma no debería, por supuesto, jamás inclinarse al racismo. Ahora bien, lo hace con frecuencia y esto no es del todo fortuito. No hay racismo sin una lengua. Las violencias raciales no son solamente palabras, pero requieren de una palabra. Aunque invoque la sangre, el color, el nacimiento, o más bien porque mantiene un discurso naturalista y a veces creacionista, el racismo descubre siempre la perversión de un hombre “animal parlante”. Instituye, declara, escribe, inscribe, prescribe. Sistema de marcas, precisa los lugares para asignar residencia o cerrar las fronteras. No discierne, discrimina.

EL ÚLTIMO, finalmente, pues este último nacido de los racismos es también el único superviviente en el mundo; el único, al menos, en exhibirse aún en una constitución política. Es el único en la escena que osa decir su nombre y presentarse como lo que es, desafío legal y asumido del *homo politicus*, racismo jurídico y racismo de Estado. Última impostura de un presunto estado de derecho que no duda en fundarse en una pretendida jerarquía originaria –de derecho natural o de derecho divino: los dos no se excluyen jamás.

La siniestra fama de ese nombre que está aparte será, pues, única. El *apartheid* es reputado por manifestar, en suma, la última extremidad del racismo, su fin y la suficiencia limitada de su meta, su escatología, el estertor de una agonía interminable ya, algo como el Occidente del racismo y además, será necesario precisarlo inmediatamente, el racismo como cosa de Occidente.

2

Se evalúa la singularidad misma de otro acontecimiento, para responderle, o mejor, para replicarle a esta singularidad. Pintores del mundo entero se preparan para lanzar un nuevo satélite, una máquina de dimensiones poco determinables pero un satélite de la humanidad. No se mide con el *apartheid*, en verdad, sino por permanecer sin medida común con su sistema, su potencia, sus fabulosas riquezas, su sobre-armamento, la red mundial de sus cómplices declarados o avergonzados. La fuerza de esta Exposición desarmada será muy diferente, y su trayectoria, sin ejemplo.

Porque su movimiento no pertenece todavía a ningún tiempo, a ningún espacio que esté, que sea hoy, medible. Su carrera precipita,

conmemora por anticipación: no el acontecimiento que ella es, sino el que exige. Su carrera es la de un planeta tanto como la de un satélite. Un planeta, su nombre lo indica, es en primer lugar un cuerpo consagrado a la errancia, a una migración cuyo fin, en su caso, no está asegurado.

En todas las capitales donde será el huésped por un rato, la Exposición no tendrá lugar, podemos decir, no todavía, no *su* lugar. Permanecerá exiliada respecto de su propia residencia, de su lugar de destino-por-venir –y por crear, porque tales son aquí la *invención* y la obra de la que es conveniente hablar: África del Sur más allá del *apartheid*, África del Sur en memoria del *apartheid*.

Ese sería el cabo, pero todo habrá comenzado por el exilio. Nacida en el exilio, la Exposición testimonia ya contra la asignación de un territorio “natural” de la geografía del nacimiento. Y si, condenada a un recorrido sin fin o inmovilizada lejos de África del Sur imperturbable, no alcanzara jamás su destino, no guardaría solamente el archivo de un fracaso o de una desesperación sino que continuará *diciendo* algo que se puede escuchar hoy, en el presente.

Ese nuevo satélite de la humanidad se desplazará, pues, también, como un hábitat móvil y estable, “móvil” y “estable”, lugar de observación, de información y de testimonio. Un satélite es un guardia, vigila, advierte: no olviden el *apartheid*, salven a la humanidad de ese mal, y ese mal no se reduce a la iniquidad principal<sup>4</sup> y abstracta de un sistema: comprende también los sufrimientos cotidianos, la opresión, la pobreza, la violencia, las torturas inflingidas por una arrogante minoría blanca (16 % de la población, 60 a 65 % de la renta nacional) a la masa de la población negra. Las informaciones de Amnistía Internacional sobre *El encarcelamiento político en África del Sur* (1978, EFAI, París, 1980) y sobre el conjunto de la realidad judicial y penal son atroces.

¿Pero cómo hacer para que este testigo-satélite no sea fiscalizado en la verdad que expone? ¿Para que no se convierta de nuevo en un dispositivo técnico, la antena de una nueva estrategia político-militar, una maquinaria útil para la explotación de nuevos recursos o el cálculo en vista de intereses mejor entendidos?

Para plantear mejor esta pregunta, que no espera su respuesta sino de lo por-venir que resta<sup>5</sup> inconcebible, volvamos a la apariencia inmediata. He aquí una Exposición, como se dice aún en el viejo

---

4. Uso esta expresión para dar cuenta de un neologismo derrideano que tensa la palabra entre la solicitud de los principios y su lugar, su operatividad. [N. de la T.]

5. Deliberadamente traduzco “reste” por “resta” enfatizando el doble carácter de vestigio como de destino insospechado. [N. de la T.]

lenguaje de Occidente: “obras de arte”, “creaciones” firmadas, en el presente caso, “cuadros” de “pintura”. En esta Exposición colectiva e internacional (nada de nuevo en eso tampoco), los idiomas pictóricos se cruzarán, pero tratarán de hablar la lengua del otro sin renunciar a la suya. Y para esta traducción, su referencia común apela desde ahora a una lengua inhallable, a la vez muy vieja, más vieja que Europa, pero por eso mismo, por inventar aún.

3

La edad europea, ¿por qué llamarla así? ¿Por qué recordar, es una trivialidad, que todas esas palabras pertenecen al viejo lenguaje de Occidente?

Porque la mencionada Exposición expone y conmemora, me parece, acusa y contradice toda una historia de Occidente. El *apartheid* no fue una “creación” europea por la sola razón de que tal comunidad blanca de ascendencia europea lo impusiera a los cuatro quintos de la población y mantuviera (¡hasta 1980!) la mentira *oficial* de una migración blanca anterior a la migración negra. Ni por esta otra razón: el nombre de *apartheid* no ha podido volverse una siniestra hinchazón sobre el cuerpo del mundo sino en ese sitio donde el *homo politicus europeanus* en primer lugar firmó el tatuaje. Sino, en primer lugar, porque se trata de un racismo de Estado. Todos los racismos dependen de la cultura y de la institución pero no todos dan lugar a estructuras estatales. Ahora bien, el simulacro jurídico y el teatro político de ese racismo de Estado no tienen ningún sentido y no hubieran tenido ninguna oportunidad fuera de un “discurso” europeo sobre el concepto de raza. Ese discurso pertenece a todo un sistema de “fantasmas”, a cierta representación de la naturaleza, de la vida, de la historia, de la religión y del derecho, a la cultura misma que ha podido dar lugar a esa nacionalización. Sin duda hay allí también, es justo insistir sobre esto, una contradicción interior a Occidente y a la afirmación de su derecho. Sin duda el *apartheid* se ha instaurado y se mantuvo contra la Commonwealth, después de una larga aventura que comienza con la abolición de la esclavitud por Inglaterra en 1834, en el momento en que los bóers, despojados, emprenden la Gran Travesía hacia Orange y Transvaal. Pero esto confirma la esencia occidental del proceso histórico, a la vez en su incoherencia, en sus compromisos y en su estabilización. Desde la Segunda Guerra Mundial, siguiendo al menos los datos de cierto cálculo, la estabilidad del régimen de Pretoria es requerida para el

equilibrio político, económico y estratégico de Europa. De ello depende la supervivencia de Europa del Oeste. Tanto si se trata del oro como de los minerales llamados estratégicos, se sabe que el reparto del mundo se hace, para los tres cuartos al menos, entre la URSS y la República Sudafricana. Aunque indirecto, el control soviético sobre esta región del mundo, piensan algunos jefes de Estado occidentales, provocaría una catástrofe sin común medida con la maldición (o la “mala imagen”) del *apartheid*. Además es necesario mantener la ruta del Cabo, y además se tiene necesidad de los recursos o del trabajo que puedan asegurar las exportaciones de armas y de infraestructuras tecnológicas –por ejemplo, de centrales nucleares, mientras que Pretoria rechaza el control internacional y no firma el tratado de no-proliferación atómica.

El *apartheid* constituye, pues, la *primera* “entrega de armas”, el primer producto de exportación europea. Desvío y perversión, se dirá quizá. Ciertamente. Todavía era necesario que la cosa fuera posible y sobre todo, duradera. Aunque sean oficiales, las requisitorias simbólicas no interrumpieron jamás los intercambios diplomáticos, económicos, culturales, la entrega de armas y la solidaridad geopolítica. Desde 1973, el *apartheid* ha sido declarado “crimen contra la humanidad” por la Asamblea General de las Naciones Unidas. Ahora bien, muchos países que forman parte de ésta, y entre ellos, los más poderosos, no hacen *todo* lo necesario, es lo menos que se puede decir, para poner al régimen de Pretoria en dificultad o para obligarlo a abolir el *apartheid*. La arista más viva de la contradicción se encuentra, sin duda, en la Francia de hoy, donde se hace más que en todas partes para sostener la iniciativa de esta Exposición que se abrirá incluso en París.

Contradicciones suplementarias, para toda Europa: ciertos países del Este, Checoslovaquia y la URSS, por ejemplo, mantienen sus intercambios económicos con África del Sur (ácidos fosfóricos, armas, maquinarias, oro). En cuanto a las presiones ejercidas sobre Pretoria para la flexibilidad de ciertas formas de *apartheid*, particularmente las llamadas “mezquinas” (*petty*) que prohibían, por ejemplo, el acceso a los edificios públicos, es necesario saber que no han estado inspiradas siempre por el respeto por los derechos del hombre. Es que el *apartheid* multiplica *también* los gastos improductivos (maquinaria policial y administrativa para cada *homeland*); la segregación perjudica la economía de mercado, limita la libre empresa, el consumo interior, la movilidad o la capacitación de la mano de obra. En el momento de una crisis económica sin precedentes, África del Sur debe contar, adentro y afuera, con las fuerzas de una corriente liberal según la cual “desde el punto de vista de la racionalidad económica, el *apartheid* es notoria-

mente ineficaz” (Howard Schissel, “La solución de recambio liberal. ¿Cómo conciliar la defensa de los derechos del hombre y el aumento de las ganancias?” en *Le Monde diplomatique*, octubre de 1979. En el mismo sentido, cf. René Lefort “Solidaridades raciales e intereses de clase. Componer con los imperativos de la economía sin renunciar al ‘desarrollo separado’” y para la misma “lógica” desde el punto de vista sindical, Brigitte Lachartre, “Un sistema de prohibiciones que se ha vuelto molesto”, *ibid.*; cf. También Marianne Cornevin, *La República sudafricana*, PUF, París, 1982). Eso también deberá guardarse en la memoria: si un día se aboliera el *apartheid*, la moral no se habrá dado por satisfecha. Porque la moral no debería contar, por cierto, ni hacer cuenta, pero porque la ley del mercado le habrá impuesto otro cálculo, a escala de cómputo mundial.

4

El discurso teológico-político del *apartheid* tiene dificultades, a veces, en seguir, pero ilustra la misma economía, la misma contradicción intra-europea.

Uno no se contenta con inventar la prohibición y con enriquecer cada día el aparato jurídico más represivo del mundo: más de doscientas leyes y enmiendas en veinte años con la fiebre y el ahogo de un legalismo obsidional (*Ley de Prohibición del Matrimonio Mixto*, 1949; *Ley de Enmienda a la Inmoralidad*, 1950: contra las relaciones sexuales interraciales; *Ley de Áreas de Grupo*, 1950; *Ley de Registro de Población*, 1950; *Reserva de Servicios Separados*: segregación en los cines, oficinas de correo, playas, piletas, etc.; *Ley de enmienda al transporte*, 1955; *Ley de Extensión de la Educación Universitaria*: universidades separadas, y lo sabemos bien, la segregación en las competencias deportivas).

Se funda también este derecho en una teología, y sus Leyes, en la Escritura. Pues el poder político procede de Dios. Permanece, por lo tanto, indivisible. Sería una “rebelión contra Dios” otorgar derechos individuales “a las comunidades que no están maduras” y a aquellos que están “en rebelión abierta contra Dios, es decir, los comunistas”. Esta lectura calvinista de la Escritura condena la democracia, el universalismo “que busca la raíz de la sociedad en un conjunto mundial de relaciones soberanas que incluye la humanidad en un todo”; y recuerda que “la Escritura y la Historia muestran, una y otra, que Dios exige Estados cristianos” (*Principios fundamentales de la ciencia política*

*calvinista*, 1951, citado por Serge Thion, *El poder apagado o el racismo sudafricano*, París, 1969).

La *Carta del Instituto para la Educación Nacional Cristiana* (1948) enuncia las únicas reglas posibles para un gobierno de África del Sur. Prescribe una educación “a la luz de las palabras de Dios [...] sobre la base de los principios aplicables de la Escritura”. “Pues cada pueblo y cada nación está unida a su suelo natal, que le es asignado por el Creador. [...] Dios ha querido separar las naciones y los pueblos, dio separadamente a cada nación y a cada pueblo su vocación particular, su tarea y sus dones...”. O también más: “La doctrina y la filosofía cristianas deberán ser practicadas. Pero anhelamos más aún: las ciencias seculares deberán ser enseñadas según la óptica cristiana-nacional de la vida. [...] Es importante, en consecuencia, que el personal docente esté formado por sabios cristiano-nacionales convencidos. [...] A menos que [el profesor] sea cristiano, es un peligro para todos. [...] Esta tutela impone al Africaner el deber de velar para que los pueblos de color sean educados de acuerdo a los principios cristiano-nacionales. [...] Creemos que el bienestar y la dicha del hombre de color residen en el hecho de que reconozca su pertenencia a un grupo racial separado”.

Sucede que esta teología política inspira a sus militantes un antisemitismo original —y el Partido Nacional excluía a los judíos hasta 1951-. Es que la mitología “hebraísta” del pueblo bóer, de sus orígenes nómadas y de la Gran Travesía, excluye cualquier otro “pueblo elegido”. Lo cual no prohíbe (ver más arriba) toda suerte de buenos intercambios con Israel.

Pero no simplifiquemos. Entre todas las contradicciones domésticas así exportadas, sostenidas, capitalizadas por Europa, está todavía esta que no es simplemente una entre otras: se justifica, ciertamente, pero también se condena el *apartheid* en nombre de Cristo. De esta evidencia se podría multiplicar los signos. Es necesario saludar la resistencia blanca en África del Sur. *El Instituto Cristiano*, creado después de la matanza de Shaperville en 1961, juzga el *apartheid* incompatible con el mensaje evangélico y sostiene públicamente los movimientos políticos negros prohibidos. Pero es necesario saber también que es ese instituto cristiano y no el Instituto por la Educación Nacional Cristiana el que a su vez se prohíbe 1977. Todo, desde luego, bajo un régimen en el que las estructuras formales son las de una democracia occidental, al estilo británico, con “sufragio universal” (salvo para el 72% de los negros “extranjeros” a la República y ciudadanos de los “bantustanes” que son empujados “democráticamente” hacia la trampa de la inde-



pendencia formal), una relativa libertad de prensa, la garantía de los derechos individuales y de la magistratura.

5

¿Qué es África del Sur? Lo que se concentra en este enigma, quizá lo hemos delimitado, de ningún modo disuelto o disipado, a través de los bosquejos de estos análisis. A causa precisamente de esta concentración de la historia mundial, lo que resiste al análisis convoca también a pensar de otro modo. Si se pudieran olvidar los sufrimientos, las humillaciones, las torturas y las muertes, se estaría tentado de observar esta región del mundo como un cuadro gigante, la pantalla de una computadora geopolítica. Durante el proceso enigmático de su mundialización, como de su paradójica desaparición, Europa parece proyectar allí, punto por punto, la silueta de su guerra interior, el balance de sus ganancias y de sus pérdidas, la lógica en “double bind”<sup>6</sup> de sus intereses nacionales y multinacionales. Su evaluación dialéctica es solamente la congestión provisoria de un equilibrio precario, y el *apartheid* traduce hoy su precio. Todos los Estados y todas las sociedades aceptan aún pagarlo; primero, hacerlo pagar. Tiene que ver, aconseja el cómputo, con la paz mundial, la economía general, el mercado de trabajo europeo, etc. Sin minimizar las “razones de Estado” alegadas, se debe, sin embargo, decirlo en voz bien alta y de un tirón: si esta es la situación, las declaraciones de los Estados occidentales que denuncian el *apartheid* desde lo alto de las tribunas internacionales y en otros lugares son dialécticas de la denegación. Procuran hacer olvidar, con bombos y platillos, ese veredicto de 1973: “crimen contra la humanidad”. Si queda sin efecto ese veredicto es porque el discurso habitual sobre el hombre, el humanismo y los derechos del hombre ha encontrado su límite efectivo y aún, impensado, el de todo el sistema en el que cobra sentido. *Amnistía Internacional*: “Mientras el *apartheid* subsista, no habrá allí una estructura conforme a las normas generalmente reconocidas de los derechos del hombre y cuya aplicación se pudiera garantizar”.

Más allá del cómputo mundial, de la dialéctica de los cálculos estratégicos y económicos, más allá de las instancias estatales, nacionales o internacionales, más allá del discurso jurídico-político o teológico-político que no alimenta más que la buena conciencia o la denegación, era

---

6. No traduzco esta expresión que Jacques Derrida repite en el conjunto de su obra para referir a la convivencia de dos aspectos, aparentemente contradictorios, en tensión e imbricados, enredados en la trama textual. [N. de la T.]

necesario, sería necesario, es necesario apelar incondicionalmente al por-venir de otro derecho y de otra fuerza, más allá de la totalidad de este presente.

He ahí, me parece, lo que afirma o a lo que apela esta Exposición. Lo que firma, de un solo trazo. Lo que debe dar a leer y a pensar, y por lo tanto, a hacer, y aún a dar, más allá del presente de las instituciones que la sostienen o de esa fundación en la que a su vez se transforma.

¿Lo logrará? ¿Conseguirá algo con ello? Aquí, por definición, no se puede asegurar nada.

Pero si un día la Exposición gana, sí, África del Sur guardará la memoria de lo que jamás habrá sido, en el momento de esas obras proyectadas, pintadas, reunidas, la presentación de algún presente. No se puede siquiera traducir al futuro anterior el tiempo de lo que se escribe así. Y que sin duda no pertenece más a la corriente, en el sentido breve de la historia. ¿No es verdadero esto para toda "obra"? ¿Con un verdadero de esa verdad de la que es tan difícil hablar? Quizás.

La historia ejemplar de "Guernica", nombre de la ciudad, nombre de un infierno, nombre de la obra, no carece de analogía con la de esta Exposición, ciertamente, y pudo haber inspirado la idea: la obra denuncia la barbarie civilizada y desde el exilio del cuadro, en su silencio de muerte, se escucha aullar el quejido o la acusación. Llevada por la pintura, se mezcla con los gritos de los niños y con el estrépito de los bombarderos, hasta el último día de la dictadura. La obra, entonces, es repatriada a lugares que no ha habitado jamás. Ciertamente, pero la obra era, si podemos decir, de uno solo, y Picasso se dirigía también, no solamente pero también y en primer lugar, a su propio país. En cuanto al derecho restaurado desde hace poco en España, participa aún, como en tantos otros países, del sistema que asegura en el presente, decíamos, la supervivencia del *apartheid*. No ocurre lo mismo con esta Exposición.

La obra singular es allí múltiple, pasa todas las fronteras nacionales, culturales, políticas. No conmemora ni representa un acontecimiento, mira continuamente, porque siempre los cuadros miran, eso que propongo nombrar un continente. Todos los sentidos de esa palabra, se hará con ellos lo que se quiera.

Más allá del continente del que hacen resaltar los límites, esos que lo rodean o que lo atraviesan, los cuadros miran y llaman, en silencio.

Y su silencio es justo. Un discurso obligaría aún a contar con el estado presente de las fuerzas y del derecho. Cerraría los contratos, se dialectizaría, se dejaría aún reapropiar.

Ese silencio apela sin condición, vela sobre lo que no es, sobre lo que no es todavía, y sobre la posibilidad, un día fiel, de recordar, aún.

*Traducción: Analía Gerbaudo*